

ECA

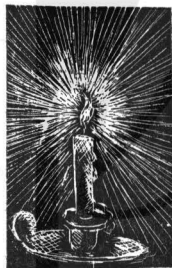
Estudios Centro Americanos

Año III—San Salvador—Centro América— Mayo de 1948—No. 20

Orientación

Una Sociedad en Quiebra

Basiliano Muruzábal, S. J.



ES sintomático y hace concebir grandes esperanzas, la reacción natural que, contra el agente invasor, se produce en el organismo enfermo.

La sociedad salvadoreña quiere vivir, y por eso ha reaccionado contra el mal que la invade. Ojalá que Defensa Social Salvadoreña, organismo rector de esta lucha contra el alcoholismo y la prostitución, no se quede en simples bizantinismos, sino que ataque al mal en su misma raíz. Porque se corre el peligro de filosofar mucho y obrar poco. Lo peor de todo es que ya hay tantos intereses creados que va a ser muy difícil el cortar todas las cabezas a ese inmisericorde dragón que tan despiadadamente se ceba en nuestra sociedad.

La niñez desamparada y la dislocación del hogar son frutos directos de estos desastrosos vicios,

Si nos echamos a caminar por esas calles de Dios, o del diablo, no será difícil el encontrarse con verdaderas pandillas de chiquillos astrosos y harapientos, que como jaurías hambrientas y perseguidas andan a la deriva, buscando la manera

de conseguir unos centavos, o de atrapar lo primero que se ponga al alcance de sus manos, para satisfacer con ello sus necesidades más elementales, o los vicios prematuramente adquiridos.

Si Ud. no se acerca a ellos, bastará una ligera insinuación para que ellos vengan a Ud. Allí donde husmean algo, se lanzan como por instinto. Su estado no puede ser más lastimoso. Sucios, mal olientes y cubiertos de carroña. Desnutridos, con sus vientres abultados. De mirada anhelante, como suplicando compasión. Vestidos con viejos andrajos que apenas cubren lo más elemental exigido por la decencia y la moral.

Quizás en sus rostros se vislumbran taras que denuncian vergonzosas enfermedades de sus progenitores. Indagad su vida y ellos mismos se quedarán extrañados de esta curiosidad. No tienen ni padre ni madre. Son los hijos de nadie, los hijos de la casualidad, como burlescamente se les llama en el argot popular.

Comen cuando pueden y duermen en el primer portal que les brinda misericordiosamente un poco de abrigo para pasar la noche con menos incomodidad. Si insistís un poco, a lo más os darán razón de su madre, que como tiene que trabajar no los puede atender. Su padre quizás no lo sepa ni la que es su madre. He aquí a individuos inadaptados y difícilmente adaptables. Cada uno de ellos es una pieza suelta, descentrada. Son una nota discordante en la armonía social. Toda la vida serán un estorbo para la sociedad, o, lo que es peor, perturbadores de ella y su propio baldón. La sociedad, a pesar de ser su fruto, no los quiere recibir en su seno, porque le dan asco, y ellos no se quieren separar de ella, porque, en su vida parasitaria, la necesitan para vivir. Son seres que dan compasión. Flor de ciego y de inmundicia. Condenados a una vida errante, la pasarán en continuo calvario. Incapaces de concebir un pensamiento elevado. Despreciados por todos y desesperados ellos por su triste destino. Ese es el hijo de la calle. Triste es el cuadro. Pero hay todavía pinceladas que lo ennegrecen más. Los niños explotados por gentes inescrupulosas. Hay en la sociedad actual desvergonzados monipodios que han resuelto el problema de la vida a costa de estos pobres Rinconetes y Corradillos. Descorazonadora es la miseria, pero el abusar de ella raya en lo cínico y criminal.

Pero no nos contentemos con descubrir la llaga. Filosofemos un poco acerca de su existencia. Quizás no es suya toda la culpa. Y Dios quiera que la compasión sentida por ellos nos impulse a poner remedio a esta verdadera lacra social.

Su existencia se debe a uniones que no tienen nada de santo, pero que, por desgracia, son reveladoras del virus putrefacto que está corrompiendo a la sociedad y a la nación en sus mismos cimientos y en las mismas fuentes de su existencia.

Esas piltrafas de seres humanos que arrastran una vida tan miserable por nuestras calles y plazas, no son más que un botón de muestra de la podre moral que nos está minando. Porque no creamos que todo aparece al exterior. No, ni

mucho menos. Todo eso no es más que la escoria que brota en la superficie del fango. Lo que se oculta, quizá sea mucho más repugnante. ¿Causa de estos males? No hacen falta ojos de lince para averiguarlo.

La desmoralización social, la disociación de la familia, la poca estima que de ella se tiene, y la tremenda facilidad con que se rompe.

Conviene añadir a esto el desamparo legal de la mujer, y la brutal desaprensión del hombre en desentenderse de lo que es sangre de su sangre.

La ley divina que establece y reglamenta vínculo tan sagrado está siendo suplantada por otra ley mucho más fácil y cómoda: la ley de la conveniencia social. Si me conviene, la acepto; pero si no, la rechazo.

Y son tantos los inconvenientes que se van encontrando, que dentro de poco va a depender la nulidad matrimonial de los caprichos más antojadizos de los contrayentes.

Las cifras del divorcio en el mundo son alarmantes. Aquí en El Salvador, a pesar de ser tan pocos los matrimonios, se rompe por el divorcio un hogar por día.

Con razón el Papa, atribulado ante el caótico espectáculo de un mundo en descomposición, que está haciendo tabla rasa de las leyes divinas del matrimonio, se pregunta profundamente alarmado: «¿Qué reserva el futuro para la familia, plantel y escuela donde crece y se forma el hombre de mañana?»

La ruina moral que como secuela difícilmente inevitable traen consigo los horrores de la guerra, es desesperanzadora. La espantosa desaparición de lo más florido de la juventud desequilibra el medio humano. Desequilibrio que será más tarde semillero de terribles consecuencias para la sociedad, para la moral y para la religión.

El Padre común tiene, por consiguiente, razón para quejarse y pedir al cielo que se apiade de esta pobre humanidad.

Los pueblos centroamericanos han quedado al margen de la guerra, ¿pero acaso no nos podríamos hacer esta misma pregunta respecto a la familia centroamericana y salvadoreña? Creo que sí. Pues aquí también se presenta el problema con caracteres de catástrofe. El Papa, en su citada alocución, llama a la familia «plantel y escuela donde se forma el hombre de mañana». Da horror tocar estos puntos. Si el hogar fuese un nido de amor puro y santo como el de Cristo a su Iglesia; si fuese un jardín ameno donde floreciese el temor de Dios, el respeto mutuo, la abnegación sacrificada, y los hijos se considerasen como fruto santo de ese amor bendecido por Dios; si fuera un templo donde se rezara con esperanza y se llorara con resignación, ¡qué bellas serían las flores de ese jardín y qué hermosas las esperanzas en él fundadas!

Pero la realidad no es tan bella. No es nido el hogar porque le falta calor; ni jardín porque se tronchan las flores aún antes de nacer; ni templo porque no se ora ni se confía en la providencia de Dios. 1

El Evangelio nos dice que por los frutos se conoce al árbol. Todo árbol bueno produce frutos buenos, y todo árbol malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo, darlos buenos. Apliquemos el símil al árbol de la familia, y después de contemplar la sangrante realidad, saquemos las consecuencias. Y nos convenceremos de que son muchos los árboles malos porque abundan mucho los frutos malos. Y en verdad no se puede esperar otra cosa. Descristianizado el amor prematrimonial, perdido el respeto al sacramento, impulsados más que por amor profundo y respetuoso, por un sensualismo abrasador, no buscan en la compañera a la que ha de ser la santa madre de sus hijos, sino al objeto que sacie sus concupiscencias. No hay caridad en la unión. No hay entrega mutua e incondicional de corazones. No consideran que ya no se pertenecen a sí mismos. Un egoísmo raquítico y envenenador pone cortapisas a la entrega total. Y como la unión no se basó en el amor cristiano, sincero y abnegado, sino en el atractivo exterior, en el halago de los sentidos, corren el grave riesgo de que, en cuanto éste desaparezca,—y desaparece pronto—, se rompa también la unión. Porque los hilos que los unían eran demasiado débiles.

Eso no es el matrimonio. El matrimonio es algo más serio y profundo. No es un juego ni una diversión. Es una entrega total y garantizada que se hace ante el altar. Es un compromiso que se contrae ante Dios y que sólo la muerte lo puede romper. No hay familia cristiana, porque no se va al matrimonio en cristiano. Una vez roto este dique, la sociedad se desmorona, y las consecuencias serán las que palpamos y lamentamos.

Un desenfreno brutal de los apetitos carnales, un echar por la borda todo lo que sea moral, honesto y justo; en una palabra, la inversión total de valores, el espíritu sometido a la carne, y ésta, la rectora de las actividades del hombre; he aquí la quiebra absoluta de la sociedad. Porque una sociedad gobernada por estas normas, no tiene razón de existir, y se entregará en absoluto al mejor postor que la quiera explotar.

